

Baltasar Gracián, S. J.

*En el Tercer Centenario de su Muerte
(1658-1958)*

Alfonso M^º Landarech, S. J.

El 6 de diciembre de este año se cumple el tricentenario de la muerte de Gracián en Tarazona ciudad aragonesa, encierzada por las ráfagas de viento del Mocayo que vió caer a este roble vencido por los disgustos y sinsabores, por los trabajos y por los desengaños.

Baltasar Gracián y Morales, una de las figuras literarias más grandes de España y aun del mundo entero, había nacido el 8 de enero en Belmonte, cerca de Calatayud, patria de Marcial.

Su padre, el Lic. Francisco Gracián, médico, no abogado como se le ha creído equivocadamente, era natural de Sariñena; su madre, Angela Morales, de Calatayud.

Jesuita, tuvo también varios hermanos y hermanas religiosos. El mismo nos habla del P. Fray Pedro Gracián, de la Orden Trinitaria, muerto en la flor de sus mejores esperanzas en la labor de rescatar cautivos⁽¹⁾; del P. Felipe Gracián, clérigo menor, a quien llama "gloria y corona mía, más que hermano, eminente teólogo y gran predicador" ⁽²⁾; del P. Fray Raimundo Gracián, carmelita descalzo; de Fray Pedro Gracián, autor de un poema al ilustre duque de Gandía, San Francisco de Borja ⁽³⁾; de su hermana Sor Magdalena de la Presentación que llegó a ser priora de las carmelitas descalzas de San Alberto ⁽⁴⁾. El Lorenzo Gracián, Infanzón, con que aparecieron firmadas varias de sus obras, parece ser otro hermano seglar, cosa que todavía no está del todo dilucidada. Nos refiere también que muy joven fue enviado a Toledo para ser educado por un tío suyo, el Lic. Antonio Gracián ⁽⁵⁾. En El Criticón recuerda con gran exactitud varias de las maravillas toledanas: el artificio de Juanelo para elevar el agua, el alcázar, el mirador de Buenavista, la soberbia catedral; "centro de la ciencia eclesiástica, de la discreción secular y de la gravedad religiosa", de la cortesía y educación refinada de sus naturales...

(1) Arte de ingenio o Tratado de agudeza, Madrid, 1642, Dis. XIII, (2) XX, (3) XXXII, (4) XXXV, (5) XXV.

En el colegio, pues, que la Compañía tenía en Toledo, habitado entonces por Mariana, y en parte también en el de Calatayud, cursaría Baltasar sus primeros estudios: Letras Humanas y un año de Lógica.

El 30 de mayo, cuando apenas había cumplido sus 18 años, entraba en el noviciado de los jesuitas de Tarragona.

Reconocidos sus estudios de Letras y Lógica se le envió al colegio de Calatayud para completar en dos años (1621-1623) el trienio de filosofía. Allí tuvo de profesor al catalán P. Jaime Albert de quien pudo aprender a juntar las elucubraciones metafísicas con el espíritu crítico de su tiempo.

Durante los años 1623 y 1637 estudió la teología en Zaragoza, rindiendo su examen de grado ante sus profesores PP. Jerónimo Villanova, Blas Vaylo, Domingo Langa y Juan Esteban Fenoll, que como antes el P. Albert en Calatayud, pudo influir grandemente en el barroquismo de Baltasar Gracián.

En el verano de aquel mismo año sería ordenado de sacerdote en Zaragoza e inmediatamente destinado a explicar Gramática en Calatayud, donde pudo ensayar su estética propia de lo agudo e ingenioso que unos años después habría de elaborar y concretar en Huesca con auxilio de la rica biblioteca de su amigo Lastanosa para dársela entera en su obra *Arte de Ingenio o Tratado de la Agudeza* (1642).

Del 30 de marzo de 1630 hasta la misma fecha del siguiente año hizo en la casa profesa de Valencia la tercera probación, especie de noviciado que precede en los jesuitas a su vida apostólica.

En Lérida enseñó durante dos años moral y luego en Gandía (1633-1636) tuvo a su cargo por tres años el curso filosófico, o como solía llamarse entonces el curso de artes.

En 1636 termina para Gracián su primera etapa docente, abriéndose para él un período de 15 años en que ha de dedicarse por entero a la predicación y al ejercicio de la pluma. Primero en Huesca, a donde llegaría el verano de 1636 y donde al contacto con el círculo de Lastanosa se inicia su brillante carrera de escritor. El 1637 aparece *El Héroe*, la primera de sus obras. La estancia en Huesca le es grandemente beneficiosa para el descubrimiento de sus aptitudes literarias. Allí traba amistad con hombres tan célebres como su protector don Vincencio Juan de Lastanosa y Baraiz de Vera, de ilustre prosapia, nieto de embajadores y de grandes marinos; con el canónigo don Manuel Salinas y Lizana, profesor de Derecho en la Universidad; con don Francisco Andrés de Ustárroz, ilustre jurisconsulto y cronista de Aragón. Todos ellos formaban una tertulia literaria cuyo animador era Gracián. A Ustárroz se debe el que éste formara parte de la "Academia de los Anhelantes de Zaragoza", en la que con su amena charla hizo gala de su ingenio y su saber.

A partir de 1637 se dedicó Gracián a la predicación. Poseía una bien timbrada voz, nobles ademanes, mucha doctrina y una claridad admirable para exponerla. Muy pronto se hizo famoso en todo el reino de Aragón.

En el colegio de Huesca permanece hasta fines de 1639, fecha en que es trasladado a Zaragoza como profesor del virrey, duque de Nocera, en cuya compañía viaja a Pamplona y a Madrid hasta que es nombrado Vicerrector de Tarragona.

En 16455 aparece en Valencia dedicado a sus aficiones literarias y a los ministerios apostólicos propios de una residencia. Por este tiempo le ocurrió una anécdota curiosa. Habiendo tenido en cierta ocasión muy poco auditorio, para atraerse gente, acudió a la estratagema de anunciar que en el próximo sermón abriría ante el auditorio una carta que acababa de recibir del infierno. El éxito fué rotundo, pero se le obligó a retractarse en público y tuvo que salir de Valencia tan amoscado que en la primera ocasión que se le ofreció en *El Crítico*, aprovechó el incidente para satirizar a algunos de aquella casa.

En abril de 1640 lo encontramos de nuevo en Madrid y esta vez de permanencia. Visitó el Buen Retiro y el Alcázar, habló con el conde de Olivares se codeó con todos los grandes, pudo darse entera cuenta de la vida cortesana, presentó un ejemplar de *El Héroe* a Felipe IV, quien lo alabó diciendo que "era donoso librito, lleno de grandes cosas". En diciembre de ese mismo año ya estaba en Zaragoza. Madrid le había desilusionado y de la corte no se había llevado más que una recia amistad: la del poeta Antonio Hurtado de Mendoza, secretario de Felipe IV. Pronto volvía otra vez a la villa y corte y en ella se hallaba tan ocupado que no tenía tiempo ni para escribir cartas a Lastanosa.

En noviembre de 1646 lo vemos tomar parte como capellán militar en la expedición del marqués de Leganés contra Lérida y muy poco después, el 22 de diciembre está ya en el colegio de Huesca, su centro intelectual como escritor.

En el curso de 1651 a 52 lo hallamos en Zaragoza como profesor de Sda. Escritura, última etapa docente de Gracián que ha de durar hasta principios del 58, año en que le sorprende la muerte en su retiro de Tarazona, el 6 de diciembre.

Sus libros y sus incidentes

Gracián, como ya dejamos dicho, debió llegar a Huesca con *El Héroe* perfectamente delineado. Allí concretó su ideal del héroe en una figura real de la historia de Aragón, en Fernando El Católico, y así nació *El Político*.

En el *Arte de Ingenio* nos expone su propia doctrina estética; en *El Discreto* vuelca sus experiencias del ambiente refinado y culto de Huesca, del Palacio del virrey, duque de Nocera en Zaragoza y Pamplona y de la corte de Madrid; en *El Oráculo Manual y Arte de Prudencia* se transpa-
rentan sus vivencias como Superior en Tarragona. En este año comienzan las contrariedades para el gran escritor aragonés, como buen baturro, un poco terco también.

Es delatado al P. General "por haber publicado con nombre supuesto algunas obras poco serias y muy alejadas de su profesión". Brusco, independiente, "muy fiero", Gracián se resolvió y desobedeció, porque en 1653 publicó también sin la censura de la orden la *Segunda parte de El Crítico*.

Como es sabido *El Héroe* fué publicado a nombre de su hermano Lorenzo Gracián, para escapar de la censura interna de la orden. Esto era contrario a la regla del mismo S. Igancio: "Libros ni se escriban ni se publiquen sin licencia para ello" (1).

(1) Mon. Histórica S. I. t. 71. Regu'ae Soc. Iesu, Roma 1949. p. 372.

La admonición del General le hizo probar dos procedimientos distintos escapatorios. El Político no lo publicaba él, sino D. Vincencio Juan de Lastanosa. Parece que esa artimaña le salió bien, pues no consta que por entonces se le volviera a molestar lo más mínimo. Luego vino la **Primera Parte de El Crítico**: En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud (1651).

El comienzo de este libro, lejos de tener un sentido naturalista, como se le ha querido dar, es por lo contrario una admirable y originalísima síntesis del Principio y Fundamento, pórtico de los Ejercicios ignacianos y una explanación admirable de la contemplación para alcanzar amor, con que se cierra como con broche de oro este libro inmortal. Para la impresión de la Primera Parte arbitró un nuevo subterfugio, cambiar de pseudónimo, García Marlones, anagrama ingenioso de los apellidos del autor, Gracián Morales. Pero aunque el libro pareció a los PP. de Zaragoza "poco grave", no había en él cosa digna de mayor reparo. La dificultad estaba en la segunda parte: Juiciosa cortesana filosofía en el otoño de la varonil edad (1653), donde se halla la Crisis VII, El yermo de Hipocrinda, en que parece haber querido satirizar a algunos de la casa de Valencia, no precisamente a sus superiores. Puesto que el cambio de pseudónimo no le valió en la primera, reaparece aquí Lorenzo Gracián, acogiendo a otro subterfugio: dedicar la obra a un altísimo personaje que pudiese salir en defensa del libro confiado a su patrocinio. Como en El Discreto había sido el príncipe don Baltasar Carlos, ahora sería nada menos que don Juan José de Austria en el apogeo entonces de su privanza y gloria militar, hijo natural de Felipe IV, Virrey de Cataluña, Gobernador de Fuentes, generalísimo contra Portugal y Virrey de Sicilia.

A juzgar por los documentos posteriores, parece que el libro disgustó al P. General Goswin Nickel, quien le hizo imponer "precepto y censura", es decir, le obligó bajo graves penas a "no escribir ni sacar a luz semejantes libros". El sutil casuista Gracián pudo pensar que la **tercera y última parte**: En el invierno de la vejez, ya no tenía la malicia de la segunda, y, por tanto, tratándose de una ley positiva que había que interpretar a la letra y de un precepto oneroso que había que aplicar benignamente, pudo formarse la conciencia de que sus razonamientos no caían bajo la prohibición intimada y publicarlos así sin escrúpulo. Tan pronto como apareció la última parte de El Crítico: En el invierno de la vejez (1656), se acumularon las acusaciones contra Gracián, unas contra esta tercera parte, por haberse conculcado el precepto de obediencia de no escribir ni publicar tales libros; otras contra la segunda, porque, según ellos, había escrito "contra la Compañía y contra su gobierno", como le hicieron creer al P. General. En defensa del P. Gracián hay que hacer constar que El yermo de Hipocrinda no satirizaba ciertamente el modo de gobierno de la Compañía, ni tampoco el modo de vivir y obrar de toda la Orden, sino que, con más humor que prudencia recogía con intencionada sonrisa las faltas características, no de la Compañía, sino de algunos de la casa profesa de Valencia.

Antes que llegase queja alguna de Roma, el P. Provincial, Jacinto Piquer, con razón porque Gracián había reincidido con argucias varias veces, le impuso una buena penitencia, le destituyó de su cátedra y le envió a un colegio incipiente, pequeño y apartado, como era el de Graus.

Y allá marchó. Y desde allí a Tarazona, donde desempeñó cargos de confianza hasta que vencido o abrumado por los pesares moría el 6 de diciembre de 1558.

El P. General Goswin Nickel, siempre en la creencia de que Gracián había escrito contra la orden, aprueba el hecho e insiste todavía en que si este delito se comprueba, le tenga "encerrado hasta que esté muy reconocido y reducido". Entonces Gracián en una carta al P. General se queja amargamente de esas penitencias, le expone sus méritos en los trabajos apostólicos y le pide pasarse a una orden mendicante. El General no dió ningún valor a esta petición, que parece ser interpretada como un despecho, y ni siquiera se hace mención de ella en la respuesta que se le dirige.

En abril del mismo año el Provincial sacaba de Graus a Gracián y lo destinaba a Tarazona, encomendándole cargos de confianza ⁽¹⁾.

Nótese, pues, que la pena de encierro y de especial vigilancia insinuada por el P. General no se le llegó a imponer. Gracián estaba ya plenamente rehabilitado por obra del mismo Provincial que con excesiva precipitación se había mostrado tan duro para con él.

Hoy, esclarecidas las cosas, nadie ve en Gracián una víctima de su Orden que entonces como ahora, a tres siglos de distancia, lo considera como el escritor más universal, más agudo y más trascendente que ha dado a la literatura española en su siglo de oro.

Su estilo y estilización

La clave para conocer sus ideas sobre el estilo es su obra *Agudeza y Arte de Ingenio*, en que el autor refunde su *Arte de Ingenio* anterior.

Piensa Gracián que para ser perfecto un estilo hay que atender a la vez a lo material de las palabras —forma externa diríamos en Preceptiva— y a lo formal de los pensamientos o sea el fondo. No basta, nos dice, el alma de la agudeza, hay que saber exprimirla bizarramente. Son las voces lo que las hojas en el árbol, y los conceptos, el fruto; son los conceptos, vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tienen de perfección cuanto de sutileza. Puédese decir de los conceptos lo que de las figuras retóricas: ni todo el cielo es estrellas, ni todo el cielo es vacío; sirven ellos como de fondos, para que campeen más los altos de aquéllas, y alternanse las sombras para que brillen más las luces".

Según esta su Preceptiva, su estilo es denso, preñado de sentido y de ideas, intencionado, pero pulido y a veces cuajado de insospechados primores de imágenes.

Gracián es conceptista, es ingenioso; si se quiere, también, culterano. Más, sus escritos están trabajados y no quiere que se entiendan por cualquiera y a la pata la llana; exige de sus lectores algún esfuerzo e ingenio. Le gusta jugar con los conceptos y hasta con las palabras, pero aún en estos casos no lo hace por puro capricho: si observamos bien el fondo, ha querido en medio de ese malabarismo de palabras, que nos fijemos en algún agudo contenido ideológico.

(1) En la parte histórica de la vida de Gracián hemos seguido principalmente el documentado artículo del P. Miguel Batllori, S. J. *La vida alternante de Baltasar Gracián publicado en Archivum Hist. S. I.* vol. XVIII, Roma, 1949.

La obra capital para conocer sus ideas sobre el estilo, manifestadas en forma de preceptos en la Agudeza y arte de ingenio, es su obra máxima *El Criticón*, donde las encontramos practicadas por él con verdadera maestría. Su sentido del arte literario se funda, como hemos dicho, en el concepto y en la agudeza; lo primero es el fondo, el substratum, lo segundo el ornato, la elegancia. Cree Gracián que para ser perfecto un estilo, hay que atender a la vez a lo material de las palabras y a lo formal de los conceptos; no basta el alma, nos dirá, de la agudeza, hay que saber exprimirla (expresarla) bizarramente.

Gracián ha creado un género de estilo que pudiéramos llamar mejor estilización, y bien pudiera llamársele también el creador del estilo cortado moderno.

En él hay un avance graduado en esta estilización. De la brevedad, un tanto forzada y torpemente lograda, con cierto esfuerzo que no se oculta a veces en *El Héroe*, pasa a la dulce matización de *El Discreto* y a la rica y precisa estilización de *El Criticón*.

Gracián tendía, por temperamento y por gusto estético, a la concisión, al lenguaje resumido, a la forma compendiosa: "Escribo breve por tu mucho entender". "Emprendo formar con un libro enano un varón gigante, y con breves períodos, inmortales hechos". En una aforismo preconiza "pagarse más de intenciones que de extensiones" y gusta "del libro breve, pero sustancioso". "Estiman algunos los libros por la corpulencia, como si se escribiesen para ejercitar antes los brazos que los ingenios".

Con Gracián llega a su extrema posibilidad el estilo rápido, recortado, el triunfo de la expresión breve de complejos contenidos. Eso es lo que algunos han tenido por un mero juego de palabras, como cuando dice de un monje que habiéndose comido un capón entero, con verdad dice, **ay uno**. Y cuando añade del mismo: es muy suave. Así lo entiendo: suave de día y **su ave** de noche.

Es verdad que es conceptista por naturaleza, le gusta utilizar, sacar punta a las cosas y hasta jugar con los vocablos, pero todo lo hace con segunda, como su congénere Quevedo. Tiene también sus puntos de contacto con Góngora; pero Gracián a la inversa de éste, llega a lo difícil por lo exprimido, por lo complejo de la frase corta, especialmente trabajada con vistas a su riqueza expresiva.

El escritor alegórico

Como Calderón en el auto sacramental, Gracián crea la alegoría en el género novelesco. *El Criticón* es la gran novela simbólica del siglo XVII. En ella se representa cómo un salvaje, Andrenio, es puesto repentinamente por Critilo, el hombre culto, frente a los usos e instituciones de la vida civilizada.

Los dos personajes claves de *El Criticón* son sin duda dos entes simbólicos. Andrenio simboliza al hombre en estado de naturaleza, al hombre en estado pasional, dominado por el apetito, y Critilo, el hombre de razón, el civilizado, el conocedor del mundo. Los dos símbolos del hombre, salvaje y civilizado, caminan por el sendero de la vida, desde la niñez hasta la vejez y la muerte. Su aparición ante el mundo, los problemas que éste le plantea, le dan a conocer el origen y fin del hombre y de las criaturas. Junto al conocimiento propio y de las cosas resuelve

Andrenio el problema de la existencia de Dios, hallado como una conquista a través de su obra, llena de maravillas. Al salir ambos personajes de la isla a la sociedad se les muestra la vida como un valle de lágrimas en que les acechan los dolores, las enfermedades y la muerte. Una impresionante y patética expresión de su sentido trágico es esta exclamación que se halla en las primeras páginas de la obra: "¡Oh vida, no habrías de comenzar; pero ya que comenzaste, no habrías de acabar!". La felicidad no se halla en este mundo. Pero no deja aquí las cosas: El Criticón no desemboca en la cueva de la nada, sino en la isla de la inmortalidad, pero como el fin que se ha propuesto no es de un fin revelado sino puramente rastreado por las fuerzas naturales, entiende ésta en el orden humano y cultural de la fama, que sobrevivirá a los grandes hombres.

Juicios sobre El Criticón

Los escritos de Gracián alcanzaron gran boga, dentro y fuera de España. De cada uno de sus libros se han hecho múltiples ediciones y han sido traducidos a todos los idiomas europeos. En Alemania, sobre todo, Schopenhauer tradujo El Oráculo y afirmó rotundamente que El Criticón es uno de los mejores libros del mundo. Sugestionado por Schopenhauer, Sir Elphinstone Grant Duff exaltó a Gracián con vehemencia.

Menéndez y Pelayo no va tan lejos en las alabanzas, pero también ensalza, aunque colocándolo después de Quevedo, al autor de El Discreto: "El ingenioso Baltasar Gracián, talento de estilista de primer orden, maleado por la decadencia literaria, pero así y todo el segundo de aquel siglo en originalidad de invenciones fantástico-alegóricas, en estilo satírico; en alcance moral; en bizarría de expresiones nuevas y pintorescas; en humorismo profundo y de ley, en vida y movimiento y efervescencia continua; de imaginación tan varia, tan amena, tan prolífica; sobre todo en su Criticón; que verdaderamente maravilla y deslumbra, atando de pies y manos el juicio, sorprendido por las raras ocurrencias y excen-tricidades del autor, que pudo no tener gusto, pero que derrochó un caudal de ingenio como para ciento. El que quiera hacerse dueño de las inagotables riquezas de nuestra lengua, tiene todavía mucho que aprender en El Criticón, aún después de haber leído a Quevedo". (1)

Cejador dice de él: "Hombre de poderosa inteligencia, de ingenio sutil como pocos, de viva fantasía, aunque de poca ternura de afectos; insaciable en la lectura, sobre todo de obras filosóficas y políticas, antiguas y modernas, experimentado por la práctica de confesonario, de las misiones y de los colegios en su vida de jesuita, fué el P. Baltasar Gracián uno de los más distinguidos escritores de la España del siglo XVII y acaso el más hondo pensador de la raza hispana pudiéndosele tan sólo comparar Séneca y Quevedo". (2).

Resumiendo lo que en este modesto estudio acaba de decirse sintetizaremos así su vida y sus obras. Hombre discutido, pero de innegables prendas personales, preceptista del conceptismo con todas sus grandes cualidades y defectos, dominador maravilloso del idioma, estilista de pasmosa originalidad, escritor alegórico, de imaginación ardiente, ingenio agudo y admirable vis cómica.

(1) Menéndez y Pelayo. Historia de las Ideas Estéticas, t. IV, p. 535.

(2) Historia de la Lengua y Literatura Castellana por D. Julio Cejador Franca, t. V. p. 133. Madrid 1916.